

Domingo 12 de diciembre de 1993
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Jn 1,6-8 · 19-28

En medio de vosotros está uno a quien no conocéis

Ya hemos dicho en otra ocasión que el anuncio del Evangelio va precedido por el ministerio de Juan el Bautista y que por esto se le llama "el Precursor". Las primeras palabras del Evangelio de hoy están tomadas del prólogo del cuarto Evangelio: "Hubo un hombre enviado por Dios; su nombre era Juan".

Este nombre es importante en el Evangelio. Aquí vemos que está destacado. El Cuarto Evangelio es llamado el "Evangelio según San Juan". Pero en este Evangelio se reserva el nombre de Juan a un solo personaje: al que estamos presentando aquí, es decir, al "Bautista". ¿Y cómo se llama en el cuarto Evangelio al apóstol del Señor que tiene ese mismo nombre, y que es el autor de este mismo Evangelio? En este Evangelio el apóstol del Señor, que conocemos por los otros Evangelios con el nombre de Juan, se llama siempre a sí mismo "el discípulo amado". El Evangelio concluye con su discreta firma: "Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas y que las ha escrito" (Jn 21,24).

Ya en otro episodio evangélico ha merecido especial atención el nombre de Juan el Bautista. Al igual que Jesús, este nombre le fue dado por el ángel Gabriel, cuando anunció su nacimiento a su padre Zacarías, mientras éste estaba oficiando en el santuario en la presencia de Dios: "Isabel, tu mujer, te dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Juan" (Lc 1,13). Juan era hijo único de madre estéril y avanzada en años. Como es natural, cuando nació todos querían llamarlo igual que su padre: Zacarías. Su madre, para sorpresa de todos, intervino: "No; se llamará Juan" (Lc 1,60). Y cuando interrogaron al padre, éste escribió en una tablilla: "Su nombre es Juan". ¿Qué significa este nombre? En hebreo suena "Yohanan". Es un nombre teóforo (contiene la palabra Dios) que significa: "El Señor ha hecho misericordia".

Juan es la alborada que precede a la luz verdadera. Es el primer anuncio. Con su nacimiento comienza a cumplirse la promesa de salvación. Había en él muchos rasgos que anuncian a Cristo mismo y por eso es necesario aclarar: "No era él la luz, sino que debía dar testimonio de la luz". Y cuando vienen los sacerdotes y levitas a preguntarle: "Quién eres tú", el declara: "No soy el Cristo, no soy Elías, no soy el profeta". Juan nos deja un ejemplo admirable de modestia, de humildad y de fidelidad a su misión. Él define a Cristo así: "En medio de vosotros está uno que no conocéis, que viene detrás de mí, a quien yo no soy digno de desatarle la correa de su sandalia".

Por más que quisiera decrecer para que Cristo creciera,

el mismo Jesús lo exaltó. El no era la luz verdadera, pero participaba de ella. Así lo declara Jesús en otra ocasión: "Vosotros mandasteis enviados donde Juan y él dio testimonio de la verdad... él era la lámpara que arde y alumbra y vosotros quisisteis recrearos una hora con su luz" (Jn 5,33-35). Hay motivos para asemejarlo a Jesús, que dijo sobre sí mismo ante Pilato: "Para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad" (Jn 18,37).

Las preguntas de los enviados nos revelan la situación de expectativa que se vivía entonces en Israel. Es que se estaba cumpliendo el tiempo, en realidad, ya había llegado el tiempo de gracia y de salvación: "En medio de vosotros está uno que no conocéis". Se esperaba el Cristo, el Ungido, hijo de David, que vendría a reinar y liberar el pueblo. Se esperaba a Elías que, habiendo sido arrebatado al cielo en un carro de fuego, debía volver a la tierra. Se esperaba un "profeta", según la antigua promesa de Dios transmitida por Moisés: "Yo les suscitaré, de en medio de sus hermanos, un profeta semejante a ti, pondré mis palabras en su boca, y él les dirá todo lo que yo le mande" (Dt 18,18). Respecto de estos tres personajes Juan declaró: "No soy yo".

Pero fue exaltado también en esto. No soy Elías. Pero en su anunciación el ángel Gabriel había dicho a su padre Zacarías: "Irás delante del Señor con el espíritu y el poder de Elías" (Lc 1,17). Y Jesús va más allá aun: "Él es Elías, el que iba a venir" (Mt 11,14). No soy el profeta. Pero, cuando Jesús habla a la gente, que había ido al desierto para ver a Juan, les pregunta: "¿Qué salisteis a ver al desierto: un profeta?". Y él mismo se responde: "Sí, os digo, y más que un profeta... entre los nacidos de mujer no ha surgido uno mayor que Juan el Bautista" (Mt 11,9).

"Yo no soy el Cristo". Esta es la única afirmación que Juan se adelanta a hacer sin que le pregunten. Y en esta fue tajante. El mismo después insiste ante sus discípulos: "Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino que he sido enviado delante de él. El que tiene a la esposa es el esposo; pero el amigo del esposo, el que asiste y le oye, se alegra mucho con la voz del esposo. Esta es pues mi alegría, que ha alcanzado su plenitud. Es preciso que él crezca y que yo disminuya" (Jn 3,28-30). Aquí está completo el testimonio de Juan. Para este testimonio vino. Y si Jesús lo exaltó llamándolo Elías y profeta, no pudo llamarlo Cristo. A este nombre responde sólo Jesús y lo hace solemnemente, cuando en el curso de su juicio ante el sanedrín, el Sumo Sacerdote le pregunta: "¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?". Entonces Jesús responde: "Sí, yo soy" (Mc 14,61-62).

Que la figura de Juan nos comunique su total devoción a Jesús y su amor a la verdad. Tal vez el reconocimiento más hermoso que formula Jesús acerca de él es este: "Él dio testimonio de la verdad". Ojalá cada uno de nosotros mereciera

ser definido por Jesús de esa misma manera.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción